



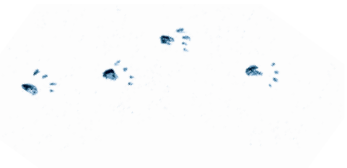
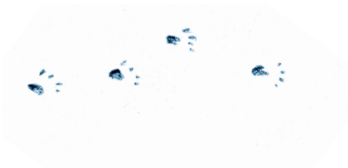
Capítulo 1

EL PRINCIPIO

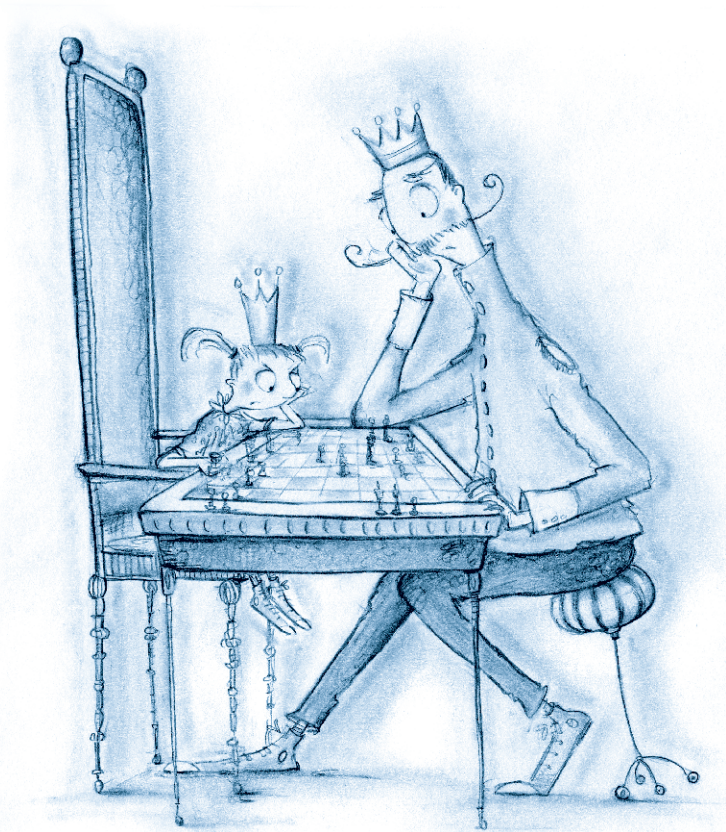
Petunia Petulante puso mala cara. Era una cara peligrosa. El tipo de cara que hacía que sus criados se escondieran y le temblaran las rodillas a la niñera real. El tipo de cara que anunciaba problemas.

Su padre, el rey Winston Petulante, rey de Estrafalandia, conocía bien aquella cara. Sintió que se le secaba la garganta.

—A ver, Petunia, cariño —empezó—, ya sabes que no se puede.



El rey Winston se encontraba sentado a su mesa de ajedrez en el salón del trono. El tablero estaba preparado y se hallaba en mitad de una partida. Movi6 una ficha, un



alfil blanco, ligeramente hacia la izquierda y luego volvió a dejarlo donde estaba.

El ceño de Petunia se frunció aún más.

La reina Elsie Petulante tuvo una idea.

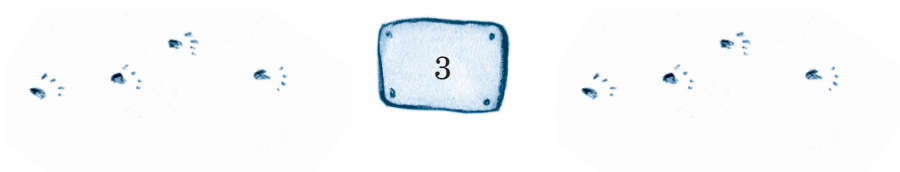
–¿Y qué tal un pecesito de colores?

–No quiero un pecesito –dijo Petunia en voz baja–.

¡QUIERO UN DRAGÓN!

–añadió a gritos.

–Baja la voz, Petunia Jazmín, cielo. –La reina estaba sentada en el trono y se llevó la mano a la sien, que empezaba a dolerle.

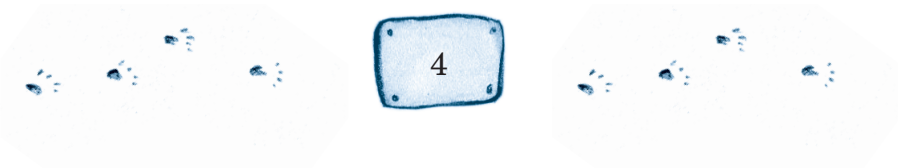


–¡No me llames así! ¡Siempre me llamas así cuando no me dejas hacer algo! ¡Me llamo Petunia! –gritó Petunia, sin bajar la voz en absoluto.

–Ay, no seas tonta, cariño –replicó la reina, ignorando el peligro–. Petunia Jazmín es un nombre precioso.

–¡Es ridículo! –saltó Petunia, y se cruzó de brazos.

–Te pusimos Petunia por tu tataratatarabuela, que se marchó a explorar África y nunca más se la volvió a ver. Y, si te acuerdas, te llamamos Jazmín porque eras una niña tan dulce como el aroma del jazmín –explicó la reina Elsie–. Pero luego creciste.



–La gente hablaba de ello, solía decir que **eras el bebé más dulce de todo Estrafalandia** –añadió el rey Winston.

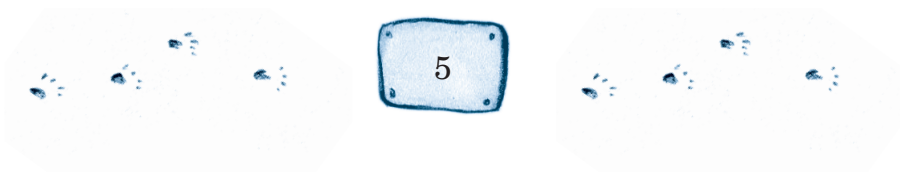
–Y era cierto –corroboró la reina.

Petunia se dio cuenta de que sus padres estaban perdiendo el hilo de la conversación, así que decidió recordarles cuál era el tema.

**–¡QUIERO UN
DRAGÓN!**

–gritó.

–Por favor, sé razonable, palomita mía
–suplicó el rey, al tiempo que le lanzaba a



la reina una mirada preocupada. Ella se había sentado en el trono del rey, no en el

suyo propio, algo que siempre le molestaba y le hacía sentirse incómodo.

–Es muy difícil conseguir un dragón –continuó la reina–. Especialmente después de aquel... incidente con tu primo Bill.

–Sí –dijo el rey–. Muy



desgraciado e inesperado, después de todo lo que se había esforzado en domesticar a la bestia.

Se puso al lado de la reina y carraspeó ligeramente. ¿Por qué tenía que sentarse siempre en su trono?

–El primo Bill no sabía nada de dragones. A mí no se atrevería a comerme ningún dragón –declaró Petunia.

El rey Winston estaba de acuerdo. Tendría que ser un dragón muy valiente, pensó.

–Quiero un dragón –repitió Petunia en un tono alarmante–. Y ya sabéis lo que haré si no me dais uno...

–Venga, corazoncito –suplicó el rey.



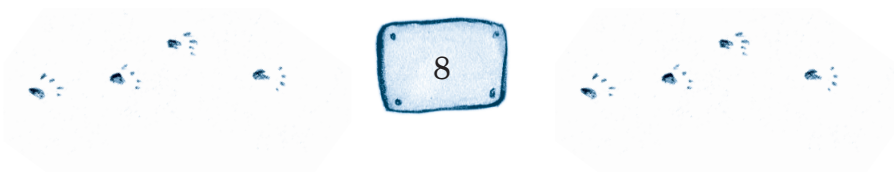
Petunia se cruzó de brazos y aguantó la respiración.

Este truco le había funcionado siempre, menos aquella vez en que sus padres no se dieron cuenta de lo que estaba haciendo. Aquello no había sido una buena experiencia, pero normalmente servía para que cedieran a toda prisa.

—Ay, cariño, qué pesadez.

La reina Elsie se puso en pie y le dio un tirón a un cordón de tela que colgaba junto al trono del rey. En algún lugar del castillo se oyó resonar una campanilla.

El rey Winston intentó colarse hábilmente bajo el brazo de la reina para alcanzar su trono, pero la reina se dejó caer de



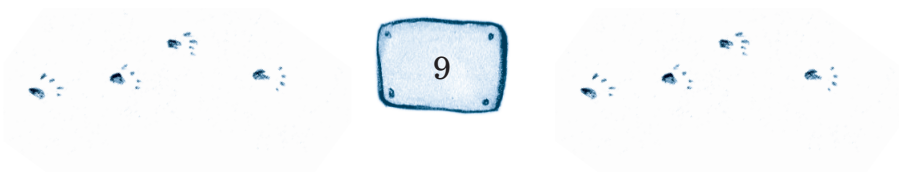
nuevo en él al tiempo que lanzaba un gran suspiro.

Petunia empezaba a preocuparse, y a marearse. Estaban tardando mucho. Se puso bizca para inquietarlos aún más.

–Petunia, corderito –empezó el rey, y saltó por encima de los pies de la reina para llegar hasta el trono de ella–, intenta verlo desde nuestro punto de vista.

Se sentó pesadamente. Petunia estaba ya de un color peculiar. Justo entonces se abrieron las puertas y un criado nervioso entró en el salón e hizo una profunda reverencia.

–Consigue un dragón para Petunia Jazmín–ordenó la reina con firmeza.



Petunia respiró aliviada.

–¿Un d-d-dragón, señora? –El criado parecía aterrorizado.

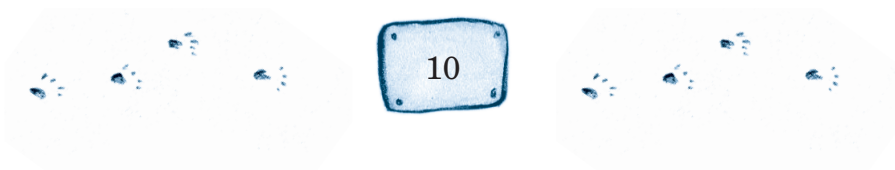
–¡Sí! –estalló la reina, que volvió a llevarse la mano a la cabeza. Y añadió en un tono más amable–: Y que sea agradable, por favor. No muy tragón.

–¡Verde! –dijo Petunia–. Y también morado. ¡Con escamas y ojos marrones!

–Todos tienen escamas –murmuró el rey.

–Y piedras preciosas en la barriga y... – Petunia se concentró–, lo llamaré Sandra.

–Bueno, Petunia, prométeme que cuando tengas a tu.... esto.... Sandra vas a cuidar de ella. Tendrás que sacarla a pa-



sear, darle de comer y leerle cuentos. Ya sabes cuánto le gustan los cuentos a los dragones. –La reina se levantó–. Winston, de verdad, me encantaría que dejaras de sentarte en mi trono de una vez. El tuyo está aquí mismo.

El rey se quedó mirando a su esposa con expresión de incredulidad.

–La cabeza me va a explotar –continuó la reina–. Así que me voy de compras.

–Gracias –dijo Petunia con dulzura.

El criado, con una reverencia tan profunda que los botones de la chaqueta repiquetearon contra el suelo, comenzó a alejarse. Se detuvo en la puerta, lanzó una mirada a la familia real y meneó la cabeza

con expresión exasperada. Afortunadamente para él, nadie lo vio.

El rey Winston se levantó.

–Bueno, si esto ya está arreglado... ¡Un momento! ¿Qué ha sido eso?

Un destello de luz reverberó en la ventana del salón del trono durante un instante. El rey Winston se acercó corriendo a la mesita del ajedrez.

–¡Lo sabía! –gritó, y sacó el puño por la ventana–. El odioso de Ruperto. ¡Otra vez está espiando el tablero!

Ruperto (o el **Rey Ruperto de Aventuria**, que era el título correcto) vivía en el castillo de enfrente. Era un rey arrogante un gran jugador de ajedrez; había ganado todos los

premios de todos los torneos del país. También era el contrincante del rey Winston desde hacía cuatro años, incluida esta partida que tenían desplegada en el salón del trono. Desgraciadamente para el rey Winston (que no era tan buen jugador, pero se estaba convirtiendo en un gran tramposo), el rey Ruperto iba ganando. De nuevo.

Otro rayo de luz brilló en la ventana.

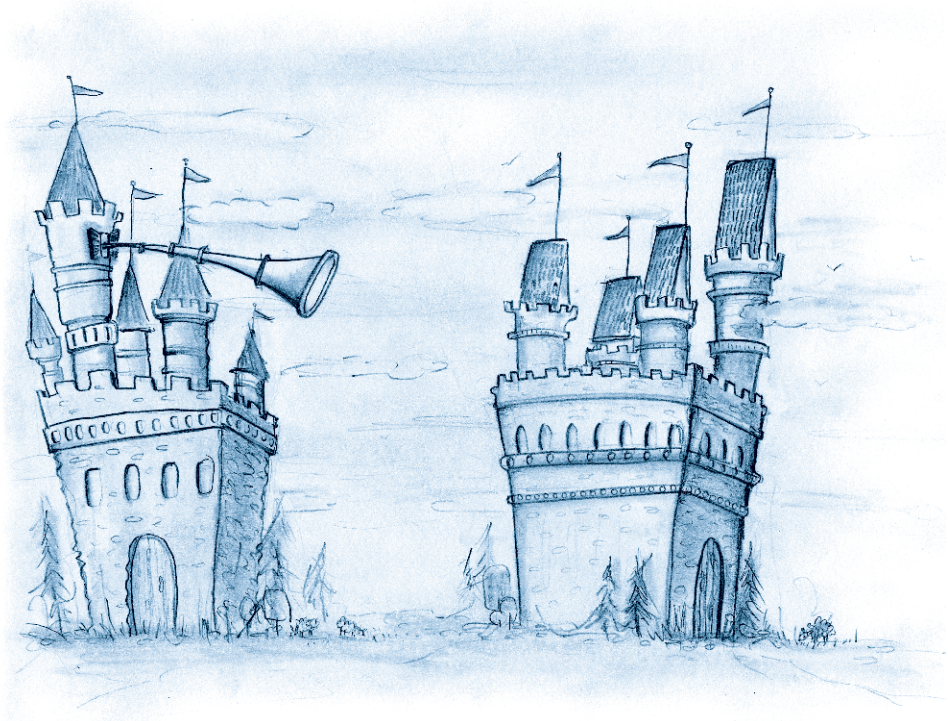
—¡Ha vuelto a sacar su maldito telescopio!—gritó el rey Winston. Y tenía razón: de la ventana más alta del castillo vecino sobresalía un gran telescopio de latón, con una gran lente redonda.

—Ay, Winston, cariño, apártate de la ventana —dijo la reina Elsie en tono fati-

gado—. No entiendo por qué Ruperto y tú no sois capaces de jugar tranquilamente.

—Porque no hace más que **GANARME**

—lloriqueó el rey Winston, tras lo que des-



plegó las manos a ambos lados de la cabeza e hizo una gran pedorreta asomado a la ventana.

El telescopio desapareció inmediatamente.

–Ha construido ese castillo demasiado cerca del nuestro –murmuró la reina Elsie–. Desde aquí veo lo que está desayunando.

Aquel mismo día llegó el dragón Sandra en una gran jaula de plata. Era exactamente como Petunia lo había pedido: escamas de color morado que brillaban al sol y joyas incrustadas en la panza.

Solo había un problema: Sandra tenía muy mal genio. Era un dragón con muy mal genio que estaba de mal humor, sobre

todo porque le habían puesto Sandra de nombre. Lo cierto es que Sandra era un dragón chico.

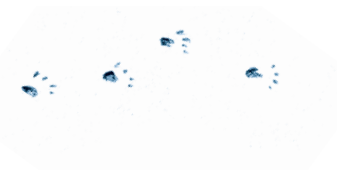
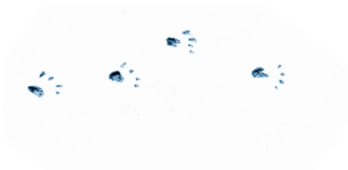


Sandra dio un tirón de su cadena y plantó con fuerza sus enormes zarpas en el suelo. Echaba fuego constantemente, más que nada para molestar, pero causaba muchísimos destrozos. Nadie era lo bastante valiente para ordenarle que parara ni para ponerle un bozal, así que tenían que aguantarse. Al cabo de un rato quedó agotado y le dio hipo.

–¡Es preciosa! –exclamó Petunia entusiasmada, dando palmas.

Petunia y el rey Winston estaban en el patio del castillo admirando el dragón.

–Ya está más tranquilo, señor –informó el criado chamuscado que había ido a buscarlo.



–**HIP!**–añadió Sandra, enfadada.

–Sí, bueno, es espléndido –afirmó el rey–. Y no olvides, cariño, que es una gran responsabilidad.

–Sí–respondió Petunia con tono de aburrimiento–. Ahora quiero que haga algo.

–Es un dragón, cariño –le explicó el rey–. Los dragones no suelen hacer muchas cosas, son animales terriblemente perezosos.

El dragón le lanzó Una Mirada al rey.

Justo entonces apareció la reina Elsie, seguida de un criado cansado y cargado de bolsas.

–Winston, cariño –dijo–. ¿Se nos ha perdido uno de los perritos falderos? Oh, mira, ya está aquí Sandra.

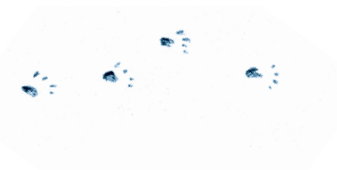
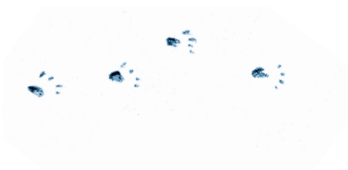
El dragón bufó y soltó un eructo.

–Sí, es muy bonita –dijo Petunia–. Gracias, mamá. –Le dio un beso a la reina–. ¡Gracias, papá! –Le dio un beso al rey–. Ahora me voy a mi cuarto.

–Pero..., pero... –tartamudeó el rey–, ¿y qué pasa con Sandra, Petunia? Seguramente tendrá mucha hambre después de un viaje tan largo.

–No creo –murmuró el criado chamuscado en voz baja.

–Pues que la alimente uno de los criados –respondió Petunia sin prestar mucha atención. Sandra miró al criado con glotonería–. Yo tengo cosas que hacer –continuó Petunia.



Se despidió del dragón con la mano y se marchó dando saltitos por el patio. El rey Winston suspiró y miró a la reina Elsie.

–Bueno, ya te dije que no se lo compraras –dijo la reina faltando a la verdad–. Me voy a echar una cabezadita, Winston, cariño. Encárgate del dragón, ¿de acuerdo?

Y se marchó. Sandra miró al rey.

El rey miró a Sandra y luego al criado.

El criado tragó saliva. Sandra se relajó.

